

Mis pensamientos brincaban como cachorros de perro: de una bruja rubia del buen tiempo, ¡zas!, a mi madre y, de ella, a un montón de otras cosas que enseguida olvidaba. Traté de imaginarme los pensamientos del abuelo. Seguro que planeaban majestuosos como aquel gran cuervo que habíamos visto sobrevolar las montañas hacía unos días.

—Walter pensaba en su padre maniatado —dijo el abuelo, retomando el hilo de la narración—. En ese momento, se encontraría a bordo de una embarcación, azotada por la furia de los elementos. Cuanto más arreciaba el temporal, menos temía el chico por su padre. La tempestad formaba parte de Tell, tanto como su valentía, su fuerza o su ballesta.



El abuelo se levantó para desentumecer las piernas. «¡Jiú!», gritó con júbilo hacia el jardín; imitaba el sonido que Walter creyó entreoír, de pronto, en medio de los aullidos del temporal.

»—¡Jiú, jiú, jiú!

»—¡Jiú, jiú, jiú! —contestó el chico.

»—Aquí estabas —dijo un hombre que surgió de la nada delante de él.

»Era su tío Jacobo. Le preguntó por su padre. El chico le explicó que estaba por llegar: a más tardar, mañana. Como ves, Walter confiaba en que su padre escaparía; jamás lo había puesto en duda. Es más, ya se lo imaginaba, alto como un mástil, rodeado por el Mala Lengua y sus hombres, propinando puntapiés aquí y allá a todo aquel que se acercaba demasiado, animándolos de paso a que tomaran un baño.

Yo no solo imaginaba al barbudo cazador, ¡lo veía!:

—Saca su cuchillo —dije— y corta sus ataduras. Con ponerse de rodillas y sujetar el mango entre ellas, podía raspar las cuerdas fácilmente con el filo.

El abuelo soltó una carcajada.

—Uno de los soldados todavía se mantenía a flote, agarrado al borde de la embarcación. El resto...

—¿Ahogados?

—Ten en cuenta que en primer lugar las cotas de malla que llevaban eran muy pesadas y, en segundo, no sabían nadar... Nos encontramos en plena Edad Media, muchacho; en aquel entonces no había piscinas ni trampolines ni frigoríficos ni helado de fresa o de vainilla. La gente se bañaba para lavarse, no por diversión.

De nuevo aquella imagen de la Edad Media: raquíta como una raspa de pes-